

PRÓLOGO

Un grito de pensamiento y de rebelión

(Olga Rodríguez)

Cualquier persona honesta del futuro que narre la Historia de nuestro presente tendrá que subrayar hasta qué punto nuestra actualidad está atravesada por la normalización del belicismo, presentado como vía necesaria e inevitable. Discursos y posiciones políticas en diferentes sectores del arco parlamentario europeo legitiman y defienden proyectos de rearme a través de ofensivas comunicativas que intentan estigmatizar y tergiversar a quienes alertan de las consecuencias.

El periodismo que ejerce como correa transmisora de los mensajes del poder contribuye a reforzar lo que las autoras de este libro llaman la opinión sincronizada –precocinada en los grandes despachos y difundida a través de los medios– facilitando un contexto en el que el crimen parece ser la defensa de la paz y las advertencias contra la guerra. En estos últimos años, la apuesta por lo bélico viene cargada, en sí misma, de desprecio y señalamientos contra los colectivos que cuestionan la militarización de la política y de las mentes.

El régimen de guerra abre espacios a la agresividad cotidiana. Voces tradicionalmente pacifistas se han visto obligadas a justificarse y a explicarse constantemente ante campañas que descalifican la crítica al belicismo. Apenas hay espacio para un debate público y honesto en el que se pueda analizar con seriedad cómo perjudica a las mayorías sociales el aumento del gasto militar y la apuesta por la guerra –¡más armas!– «el tiempo que sea necesario».

En 2003 algunos sectores afirmaban, con grandes dosis de hipocresía, que decir «No a la guerra» de Irak era defender a Saddam Hussein. Hoy ese tipo de trampas dialécticas no son exclusivas de la derecha. En múltiples espacios se jalea la guerra y se ridiculiza el pacifismo feminista, antirracista y anticolonial,

mientras las empresas armamentísticas y tecnológicas se frotan las manos. Cuentan para ello con ejércitos de tertulianos europeos que les hacen el trabajo propagandístico. La militarización es lo que necesitamos para la paz, aseguran.

Las guerras siempre han sido justificadas con «nobles» objetivos. En la Edad Media había que evangelizar. Posteriormente, era necesario civilizar a las sociedades «bárbaras». En este siglo las operaciones militares se aprueban con la excusa de democratizar, proteger, poner orden, liberar, garantizar la seguridad internacional, modernizar o incluso «salvar» a las mujeres.

En nombre de ellas se declaran guerras, se invaden países, se justifican ocupaciones y se crean condiciones muy desfavorables para su existencia. Pero no importa, porque en ese momento la narrativa del capitalismo belicista patriarcal ya las ha olvidado, tras usarlas como argumento de quita y pon. Nada como una buena ronda de bombardeos y destrucción. Luego, llega la reconstrucción, la otra cara del negocio.

En 2025 el gran aumento de gasto militar exigido por Washington y acatado por la OTAN supone un paso más en la tensión global y también en el ritmo de la sobreacumulación a través de la industria armamentística. En vez de plantear un modelo alternativo a esta profunda crisis ecosocial, el único plan parece ser una huida hacia delante. Para ello la guerra –de alta intensidad o de baja intensidad, en las fronteras, en forma de control coercitivo o de represión– es una de las grandes apuestas económicas.

La militarización sirve como medio para el acceso a territorios, a recursos naturales, a rutas para transportarlos y a clientes, pero también como objetivo en sí mismo, como negocio con el que una élite podrá seguir sumando beneficios. La trampa es que, para que funcione, para mantener el ritmo de producción y consumo, las armas no pueden permanecer eternamente en un almacén, porque envejecen: tienen que ser usadas o vendidas. Ambas opciones suponen una escalada y más riesgo de guerra en algún lugar del mundo. Unos hacen los negocios jugando con fuego y los pueblos ponen los muertos.

La inoculación de la doctrina del shock se aplica con la instrumentalización del miedo y con una narrativa que asegura que

no nos queda otra opción que posponer avances en derechos para priorizar el rearme. La exigencia de un aumento inmediato del gasto militar en 2025 fue rápidamente obedecida sin que apenas surgiera un debate sobre los recortes que eso iba a suponer en políticas sociales. Nunca se han aprobado semejantes partidas extraordinarias en Bruselas para erradicar la precariedad en las sociedades de la Unión Europea, para garantizar el derecho a una vivienda y una vida dignas o para cubrir las necesidades de las personas dependientes.

Todo esto ocurre cuando se despliegan crímenes masivos en Gaza desde hace dos años. Cuando escribo estas líneas el Gobierno británico de Keir Starmer, laborista, ha recibido al presidente de Israel, Isaac Herzog, nombrado en el informe de la Comisión de Investigación asignada por la ONU como uno de los incitadores del genocidio en Gaza. Un día antes de este encuentro entre ambos mandatarios, las fuerzas de seguridad arrestaron en Londres a más de ochocientas personas que protestaban pacíficamente contra el genocidio en Gaza y contra la prohibición de la organización Palestine Action.

La criminalización de la protesta contra el genocidio ha llegado a cotas en las que un colectivo de activistas pacifistas –integrado bajo el nombre de Palestine Action– ha sido designado terrorista por llevar a cabo acciones de sabotaje contra bases militares o contra instalaciones de empresas armamentísticas británicas que abastecen a Israel. En EEUU y Europa se recortan derechos y libertades a los ciudadanos antes que sancionar la impunidad israelí.

El engranaje de control coercitivo y represión es enormemente rentable para una élite capitalista transnacional que conquista espacios de impunidad y busca clases populares sometidas y miedosas. La estructura y el negocio de la guerra, en todas sus formas, demanda sumisión y desigualdad en nombre de la seguridad. La acumulación de riqueza a través de la militarización utiliza narrativas que apelan a la excepcionalidad. Hay que seguir contaminando, discriminando, matando, extrayendo, porque los peligros se multiplican, nos dicen.

Los derechos de los pueblos pueden seguir posponiéndose indefinidamente. La crisis ecológica es también una crisis de repro-

ducción social. Una parte de la humanidad no tiene cómo sobrevivir, pero apenas es objeto de debate en los medios. En las líneas del inconsciente hegemónico se asume que hay grandes masas de población que no entran en los planes políticos y económicos, porque solo tienen permiso para existir en los márgenes. El marco narrativo de la inseguridad y del rearme facilita su invisibilidad y la aplicación de la represión en caso de que se quejen.

Irene Zugasti e Isa Serra escriben este libro pensando en ellas, en nosotras, en los pueblos del mundo. Frente a las exigencias totalitarias que nos quieren calladas y sometidas, las autoras lanzan un grito de pensamiento y de rebelión, riguroso, impecable, inteligente, certero y desobediente. Saben que la guerra no se detiene con susurros y que la paz no se obtiene solo con bonitas palabras. Ante aquellos que nos llaman ingenuas, ellas explican que no hay mayor ingenuidad que pensar que la vía del rearme y de la guerra mejora el mundo.

Las últimas décadas demuestran las consecuencias devastadoras del belicismo. Tras los entusiasmados tambores de guerra llegan los resultados. Cuando eso ocurre ya es tarde, las víctimas desaparecen de los titulares y no hay rendición de cuentas. No importa que la estructura del belicismo europeo nos haya mentido en repetidas ocasiones. La confianza de una parte importante del periodismo en la narrativa oficial se mantiene. El desprecio por los hechos –o, en el mejor de los casos, la desmemoria– refleja una connivencia entre los poderes políticos, militares y mediáticos.

La hipocresía de los despachos del poder en nuestro continente arroja una mirada desde el privilegio que percibe la denuncia de las víctimas como algo molesto y exagerado. Esa falta de madurez y de voluntad para ver y analizar contrasta con el conocimiento y la memoria de quienes sufren las consecuencias de operaciones militares lanzadas en nombre de la democracia y la libertad. En varios países del llamado Sur Global he conocido a hombres y mujeres con un conocimiento de la historia reciente muy superior al de cualquier europeo medio. La razón es que la geopolítica se ha escrito sobre su propia piel, sobre su propia vida.

Durante la invasión ilegal de Irak en 2003, en una noche de intensos bombardeos estadounidenses contra población civil,

una mujer recibió el cuerpo inerte de su hija adolescente. La recuerdo en la morgue, besando su cadáver, sosteniendo la masa encefálica que salía de un orificio en la cabeza. Al otro lado de mi teléfono, mientras esperaba a entrar en directo en la radio, sonó la voz de la entonces ministra de Exteriores de España, Ana Palacio: «Las bolsas han subido, el petróleo ha bajado: eso son datos», dijo, en defensa de aquella operación militar ilegal.

Desde entonces he visto muchas escenas similares, en Palestina, en Afganistán, en Libia, en Irak. Alfombras de cadáveres, regueros de sangre, destrucción masiva, dolor que dura generaciones, empobrecimiento profundo, contratistas que buscan negocio en la guerra. ¿Cómo explicarlo en esta Europa en la que todo parece un videojuego sin consecuencias, un mero concurso de oratoria en *prime time*? Zugasti y Serra lo hacen, ofreciendo herramientas frente a la mirada colonial del «jardín europeo» que sigue observando el mundo desde su atalaya. Han escrito un libro necesario y valioso, un llamamiento feminista, pacifista y antirracista, un diagnóstico y una guía que nos proporciona inteligencia y oxígeno, que nos recuerda que podemos ser y existir, aunque no nos den permiso para ello.

